

do un grito de triunfo un hombre ensangrentado, que blandía un puñal: era Benvenuto Cellini.

Sobre el pavimento y agitándose en las convulsiones de la agonía quedaba otro hombre. Había recibido dos puñaladas, una en la cabeza y otra en la espalda, que le ocasionaron la muerte instantánea. Era Pompeyo.

Cualquiera que no fuese Benvenuto hubiese huído en el acto, pero él, tranquilamente, se pasó el puñal á la mano izquierda, desenvainó con la derecha la espada, y esperó á pie firme el ataque de los doce esbirros. Estos, que no sentían animosidad contra Cellini, abandonaron el cadáver de su amo y huyeron.

En aquel momento apareció Ascanio y se arrojó en brazos de su maestro; no le había engañado el ardid del jarrón etrusco, y había retrocedido en busca de Cellini, pero por mucho que corrió, llegó tarde.

III

DÉDALO

Benvenuto se retiró en compañía de Ascanio, muy alarmado, no por las heridas que había recibido, pues las tres eran bastante ligeras para que no se preocupase con ellas, sino por lo que iba á suceder. Seis meses antes había matado á Guasconti, el asesino de su hermano, y había logrado salir con bien, gracias á la protección del Papa Clemente VII. Además, esta muerte había sido una especie de represalias. Pero en la ocasión presente variaban las circunstancias: el Papa protector de Cellini, había fallecido, y el asunto era mucho más grave.

No hay que hablar de remordimientos; ni siquiera le molestaron un segundo. Y no es que al decir esto queramos dar una idea desagradable de nuestro digno orfebre, que, después de haber matado á un hombre; después de haber matado á dos hombres, y aun después de haber matado á tres hombres (buscando bien en su vida se podían encontrar tres cadáveres), temía á las patrullas, y no tenía miedo de Dios.

Porque aquel hombre era como la generalidad en el año de 1540: un hombre de todos los días, como dicen los alemanes. ¡Qué queréis! Preocupaba tan poco la muerte en aquel tiempo, que nadie se atemorizaba de matar. Los hombres de hoy son valientes; los de entonces eran temerarios. La vida era tan abundante entonces, que se perdía, se daba, se vendía; todo con perfecta ligereza y entera desaprensión.

Existió un escritor calumniado durante mucho tiempo, cuyo nombre se ha querido convertir en sinónimo de traición, de crueldad, de todo lo que significa infamia, y ha sido preciso que llegara el siglo XIX, el más imparcial de los siglos vividos hasta aquella fecha por la Humanidad, para que aquel escritor fuese rehabilitado y se le reconocieran las cualidades de gran patriota y hombre de corazón. La única culpa de Nicolás Maquiavelo fué pertenecer á una época en la cual la fuerza y el éxito lo eran todo; en que se estimaba los hechos y no las

palabras, en que caminaban en línea recta hacia sus fines, sin parar mientes en los medios ni en los razonamientos, el soberano César Borgia, el pensador Maquiavelo, el artista Benvenuto Cellini.

Un día apareció en la plaza de Cesena un cadáver descuartizado: era el de Ramiro d'Orco, personaje de bastante significación en Italia. La república florentina quiso conocer las causas de aquella muerte, y los ocho individuos de la «señoría» escribieron á Maquiavelo, su embajador, preguntándole.

Maquiavelo contestó lo siguiente:

«Magníficos señores.

»De la muerte de Ramiro d'Orco sólo puedo decir que César Borgia es el príncipe que mejor sabe hacer y deshacer hombres, según sus méritos.

MAQUIAVELO.»

Benvenuto era la práctica de la teoría formulada por el ilustre secretario de la república florentina. Benvenuto, genio; César Borgia, príncipe, se juzgaban fuera del alcance de las leyes, sin más razón que la de su poder. La estimación de lo justo y de lo injusto la determinaba para ellos la posibilidad de realizar ó no alguna cosa; era justo aquello que podían hacer materialmente; del deber y del derecho no tenían la más insignificante noción. Cuando les estorbaba un hombre, lo suprimían.

En nuestros tiempos, la civilización les hubiera facilitado los medios de comprarlo; pero entonces hervía tanta sangre en las venas de las naciones, que la derramaban como medio de procurarse la salud. Se luchaba instintivamente, poco por las damas, muy poco por la patria, mucho por el afán de luchar nación contra nación, hombre contra hombre. Benvenuto hacía la guerra á Pompeyo como Francisco I á Carlos V. Francia y España peleaban lo mismo en Marignan que en Pavía, sencillamente, sin preámbulos, sin frases, sin lamentaciones. De igual modo se ejercía el genio, como una facultad nativa, como un poder absoluto, como una realeza de derechos divinos; el arte era la cosa más natural del mundo en el siglo XVI. No hay, pues, que sentir asombro hacia aquellos hombres que no se asombraban de nada; para explicar sus homicidios, sus caprichos y sus huídas, existe una frase que lo explica y lo justifica todo: «era costumbre».

Benvenuto había hecho, pues, lo que se acostumbraba. Le molestaba Pompeyo y lo había suprimido.

Pero las autoridades inquirían á veces el por qué de estas supresiones; no se resolvían á proteger la vida de los hombres, pero cuando los veían muertos se les ocurría á veces averiguar los motivos de su muerte. Y esto fué lo que ocurrió en el caso de Benvenuto Cellini y Pompeyo. Cuando el orfebre, de regreso en su casa, se ocupaba en destruir algunos papeles y embolsarse algún dinero, le detuvieron los esbirros pontificios y lo llevaron al castillo de Sant-Angelo, percance del cual se consoló Benvenuto pensando en que allí era donde encerraban á los hidalgos. Otro consuelo no menos eficaz tenía Cellini al entrar en el castillo de Sant-Angelo, y consistía en la persuasión de que un hombre de tanto ingenio como él no dejaría de encontrar algún medio de evadirse. Así fué que al entrar en la prisión dijo al go-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

bernador, que sentado en una mesa cubierta con un tapete verde se ocupaba en ordenar unos papeles:

—Señor gobernador, podéis duplicar y triplicar los cerrojos, las rejas y los centinelas; encerrarme en el calabozo más alto ó en el más profundo, vigilarme sin descanso día y noche; de todos modos os advierto que me escaparé.

El gobernador miró asombrado á aquel que con tanta seguridad le anunciaba su evasión, y reconoció á Benvenuto Cellini, al mismo á quien tres meses antes había tenido la honra de sentar á su mesa.

A pesar de este reconocimiento, ó tal vez precisamente por este reconocimiento, la perorata de Benvenuto sumió al digno gobernador en una estupefacción extraordinaria. Era el funcionario un florentino llamado Georgis, caballero de los Ugo lini y hombre excelente, aunque de no muy sólida cabeza. Cuando se repuso de su primera impresión de asombro, hizo que llevaran al preso á la habitación más alta del castillo. El techo de esta habitación formaba la terraza del edificio, y al pie de sus paredes, como sobre la terraza, había un centinela constantemente. El gobernador comunicó al preso todos estos detalles, y cuando le creyó bien enterado, dijo:

—Querido señor Benvenuto, es fácil violentar las cerraduras, forzar las puertas, cavar un agujero en el suelo de un calabozo subterráneo, horadar una pared, sobornar á los centinelas, narcotizar á los carceleros; pero á menos de tener alas no hay posibilidad de bajar desde la altura de vuestro encierro al suelo.

—Pues á pesar de todo yo bajaré.

El gobernador se le quedó mirando cara á cara y sospechó que Benvenuto estaba loco.

—¿Pensáis salir volando?

—¿Por qué no? Siempre he creído que el hombre puede volar, pero me ha faltado tiempo para intentar el experimento. Aquí tendré tiempo de sobra, y me propongo salir de dudas. La aventura de Dédalo es una historia y no una fábula.

—Tened cuidado con el sol—repuso el gobernador riéndose.

—Echaré á volar de noche.

El gobernador no esperaba esta respuesta y se quedó pensativo, sin saber qué contestar. Esto le produjo tal desesperación, que ordenó que se llevaran al preso, y se quedó furioso.

Benvenuto necesitaba escaparse á todo trance. En otra época no se hubiera preocupado por un homicidio más ó menos, y hubiera quedado en paz sin más penitencia que ir en la procesión de la Virgen de Agosto vestido con un ropón y una capa de paño azul. Pero el nuevo Papa Pablo III era atrocemente vengativo, y Benvenuto había tenido antes de su elevación al Pontificado alguna diferencia con él, á causa de un jarrón de plata que se negó á entregarle si no se lo pagaba previamente, y que Su Eminencia le quiso quitar á viva fuerza, lo cual había obligado al orfebre á maltratar á sus enviados. Además, el Padre Santo á que nos referimos estaba muy contrariado porque el rey Francisco I había mandado llamar á Benvenuto por mediación de monseñor de Montluc, su embajador en la Santa Sede.

Al saber que Cellini estaba preso, monseñor de Montluc, deseoso de prestar servicio al artífice, había insistido con más empeño en su pretensión; pero pronto vió que se equivocaba al juzgar el carácter del Papa, mucho más terco que su predecesor Clemente VII. Pablo III había jurado que Benvenuto le pagaría su acción de antaño, y si bien la vida de éste no estaba en peligro, pues aun el mismo Papa lo hubiera pensado mucho antes de mandar ahorcar á un artista de los méritos de aquél, corría el riesgo de no volver á salir de su prisión, donde se le dejaría olvidado indefinidamente. En estas condiciones, le interesaba mucho á Cellini no abandonarse, y por esto había resuelto huir sin esperar que le llamaran para interrogarle y juzgarle, pues esto podía aplazarse toda la vida, toda vez que el Papa, irritado por la intervención de Francisco I, no quería ni oír pronunciar el nombre de Benvenuto. Este sabía todo lo que queda dicho por Ascanio, que había quedado encargado de su tienda, y á fuerza de instancias estaba autorizado para visitar de cuando en cuando á su maestro, si bien le veía sólo al través de las rejas y ante testigos, cuya principal misión era evitar que Ascanio entregase á Benvenuto limas, cuerdas, ni cuchillos de que pudiera valerse para intentar una evasión.

Desde el mismo momento de quedar encerrado, el orfebre se dedicó á examinar su calabozo, y así vió que sus cuatro paredes contenían una cama, una chimenea en la que se podía encender lumbre, una mesa y dos sillas. Pocos días después Benvenuto solicitó del gobernador barro y un útil de modelar. De primera intención le fueron negados, pero pronto rectificó el gobernador su criterio pensando que si el preso tenía con que distraerse, tal vez no pensara en sus propósitos de evasión.

El mismo día comenzó Cellini á modelar una Venus de gran tamaño, sin dejar de pensar en su fuga, que esperaba poder realizar con paciencia y con energía.

Un día de Diciembre que hacía mucho frío y que habían encendido la chimenea, entraron á mudar las sábanas de la cama del preso, y el carcelero encargado de este servicio se dejó olvidadas sobre una silla las sábanas sucias. Apenas se hubo cerrado la puerta, Benvenuto, de un salto, se puso junto á la silla, cogió las sábanas y las ocultó hechas un ovillo entre la paja de su jergón. En seguida volvió á su trabajo, y cuando el carcelero entró de nuevo para recoger la ropa olvidada y le preguntó si no la había visto, Benvenuto contestó con indiferencia, como si estuviera absorto ante su obra, que tal vez se la hubiera llevado algún otro sirviente, con lo cual consiguió ahuyentar toda sospecha del ánimo del carcelero. Luego, según puede suponerse, no aparecieron las sábanas, y por miedo de que se las hicieran pagar y le despidieran encima, el pobre hombre engañado por Benvenuto prefirió callarse.

No es posible calcular cuántas peripecias terribles, cuántas angustias se encierran en los acontecimientos decisivos de la vida. Las circunstancias más corrientes nos producen alegría ó terror indescriptibles, y las emociones se suceden casi sin solución de continuidad.

Apenas hubo salido el carcelero, Benvenuto cayó de rodillas y dió gracias á Dios por aquel auxilio que le enviaba. Por la noche cortó las sábanas en tiras de tres ó cuatro pulgadas de ancho, y las trenzó lo más fuertemente que pudo. Como las sábanas eran nuevas y de tela ordinaria, formaron una cuerda bastante resistente. El artista, una vez terminado este trabajo, abrió el vientre de la estatua, introdujo en él la cuerda y volvió á cerrarlo de tal modo que nadie hubiera podido sospechar que aquella Venus acababa de sufrir la operación cesárea.

A la mañana siguiente el gobernador del castillo entró de improviso, como acostumbraba á hacerlo, y también como acostumbraba á suceder, encontró á Cellini trabajando tranquilamente. El pobre hombre acudía todas las mañanas á visitar á su preso, temeroso siempre de que hubiese cumplido su amenaza y se hubiera fugado durante la noche. Y dando pruebas de una sinceridad extraordinaria, no disimulaba su alegría al ver que aún estaba el preso en su calabozo.

—Os confieso—le dijo—que me preocupáis enormemente; pero empiezo á creer que vuestras amenazas de evasión eran vanas.

—Yo no amenazo; anuncio lo que voy á hacer.

—¿Pero aún confiáis en poder escaparos?

—No sólo confío, sino que estoy seguro de que me escaparé.

—Pero ¡demonio! ¿Cómo os las arreglaréis?—exclamó el pobre gobernador, apuradísimo ante aquella confianza real ó fingida de Benvenuto.

—Fse es mi secreto. Sólo os diré que ya me crecen las alas.

El gobernador palpó la espalda del preso.

—Ni más ni menos—continuó éste sin dejar de modelar su estatua, redondeando sus caderas como si hubiera querido reproducir la Venus Calipige.—Estamos en abierta lucha vos y yo: vos contáis con torres altísimas, puertas muy fuertes, cerrojos á prueba de violencias y mil guardianes que vigilan sin cesar; yo no tengo más que mi cabeza y mis manos, y así y todo os garantizo que seréis vencido, sin que os quede más consuelo, cuando yo haya desaparecido, que el de saber que no fué culpa vuestra y que de nada se os puede acusar, puesto que nada habéis descuidado para impedir mi fuga. Y ahora, decidme, vos que sois inteligente: ¿qué os parece esta cadera?

Semejante tranquilidad exasperaba al bueno del gobernador. Aquel preso había llegado á ser para él una obsesión que anublaba todas las demás ideas de su entendimiento, le entristecía y le quitaba el apetito y la tranquilidad del sueño. A todas horas estaba temeroso y sobresaltado. Una noche oyó Benvenuto inusitado estrépito en la plataforma; el tumulto fué acercándose por el pasadizo que conducía á su encierro, y por fin se detuvo á su puerta, abrióse ésta y apareció el gobernador, vestido de bata y con gorro de dormir y escoltado por cuatro carceleros y ocho soldados. Tenía las facciones descompuestas por el terror. Benvenuto, al verle, se sentó sobre su jergón y se le rió en su cara, pero el gobernador no paró mientes en aquella risa burlona y respiró como un nadador cuando después de estar lar-

go rato sumergido vuelve á la superficie del agua.

—¡Alabado sea Dios!—dijo—. Aún no se ha escapado. Bien es verdad que los sueños no son más que sueños, mentiras.

—¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?—preguntó Benvenuto—. ¿A qué feliz casualidad debo el placer de vuestra visita á esta hora tan intempestiva? ¿Que tenéis, señor Georgio?

—Nada, gracias á Dios, no ha sido más que el susto. Soñé que os habían crecido las alas, unas alas inmensas, y que volabáis por encima del castillo, diciéndome: «¡Adiós, querido gobernador, adiós! No quiero irme sin despedirme, y deseo no volver á veros nunca».

—¿Eso os decía, señor Georgio?

—En esas mismas palabras. ¡Ah, Benvenuto, qué desgraciado me habéis hecho!

—No creeréis que sea mía la culpa. Por fortuna, lo que temíais sólo ha sido un sueño.

—Sí; estáis en mi poder, y aunque vuestra compañía no sea para mí de las más agradables, confío en teneros á mi lado mucho tiempo.

—No lo creo—respondió Benvenuto con aquella sonrisa que tanto desesperaba á Georgio.

Este salió increpando en voz baja á Benvenuto, y al día siguiente, muy temprano, dispuso que de dos en dos horas se le vigilase, entrando en su encierro para ver qué hacía. Así se cumplió durante un mes, y al cabo de este tiempo, como no había ningún motivo aparente para creer que Cellini pensara en su evasión, disminuyóse la vigilancia. Y, sin embargo, el preso había aprovechado aquellos treinta días para realizar un terrible trabajo.

Como ya hemos dicho, al entrar en su calabozo examinó la estancia minuciosamente y planteó sus medios de fuga. La ventana tenía rejas sobrado fuertes para que pudiera intentar arrancarlas ó desprendérselas con su útil de modelar, único instrumento de hierro que poseía; la chimenea era, á partir de la boca, sobrado estrecha, y para huir por ella el prisionero hubiera tenido que transformarse en serpiente, como el hada Melusina. Sólo quedaba, pues, la puerta.

Era ésta de encina y de dos dedos de gruesa; tenía dos cerraduras y cuatro cerrojos y estaba revestida por dentro con planchas de hierro sujetas con clavos por sus bordes superior é inferior.

Por aquella puerta había de pasar el orfebre, pues había observado que á pocos pasos de ella estaba en el pasadizo, sobre el cual se abría, la escalera que se utilizaba para relevar al centinela de la terraza. Cada dos horas oía Benvenuto pasos hacia aquel sitio, subiendo la escalera primero y bajándola poco después, y luego no se volvía á oír ruido alguno hasta el momento del relevo siguiente.

La dificultad estribaba en atravesar aquella puerta, y he aquí el trabajo que para lograrlo había realizado durante aquel mes el orfebre. Con su instrumento para modelar había descabezado uno por uno todos los clavos, á excepción de cuatro de arriba y otros tantos de abajo, que se reservaba quitar el último día. Para que no se notara la falta de los clavos los había reemplazado con pellitas de barro modeladas *ad hoc*, que hubiesen engañado á cualquiera. Como en toda la puerta había tenido que descabezar

unos sesenta clavos, y algunos de ellos le habían dado más de dos horas de trabajo, puede calcularse lo penosa que le resultaría esta parte de sus preparativos de evasión.

Una vez hecho esto, aprovechando las horas del sueño de los funcionarios de la cárcel y los intervalos de relevo de sus centinelas, encendía todas las noches abundante fuego en la chimenea y formaba junto á la puerta grandes montones de brasas, merced á las cuales caldeaba las planchas de hierro hasta ponerlas al rojo, y así iba carbonizando la madera de la puerta, sin que por la parte exterior se advirtiese nada. Se dedicó á este trabajo durante un mes, como hemos dicho, y pudo terminarlo dejándolo en condiciones hasta que se presentara la ocasión favorable deseada, para lo cual tenía que esperar aún algunos días, pues cuando la carbonización quedó terminada era tiempo de luna llena.

Un día de aquellos entró el gobernador, que continuaba obsesionado por la misma idea, y le dijo:

—Decidme, Benvenuto. ¿Os proponéis evadiros volando? Contestadme francamente.

—Ya sabéis que sí.

—Podéis decir lo que queráis; pero á mí me parece eso imposible.

—¡Imposible! Ya sabéis, Georgio, que esa palabra no existe para mí, que he tenido á gala siempre realizar lo que los demás hombres juzgaban irrealizable, y siempre lo he conseguido. ¿Ignoráis que he llegado á dar celos á la Naturaleza creando con oro, esmeraldas y diamantes, flores más bellas que ninguna de cuantas adorna el rocío de la mañana? ¿Creéis que el que ha hecho flores no pueda hacer alas?

—¡Dios me asista! Con vuestra insolente confianza vais á conseguir que yo pierda la cabeza. Decidme aún: para que pudiérais sosteneros en el aire con vuestras alas, cosa que, repito, me parece imposible, ¿qué forma las daríais?

—Ya comprenderéis que lo he pensado mucho, toda vez que de la eficacia de las alas depende la seguridad de mi persona. He estudiado el mecanismo de todos los seres que vuelan merced á los medios con que Dios les ha favorecido, y he llegado á convencerme de que sólo imitando al murciélago podré lograr buen éxito.

—Y dado caso de que llegarais á fabricaros las alas, ¿no os faltaría el valor en el momento de utilizarlas?

—Dadme lo necesario para construirlas, y os contestaré echando á volar.

—¿Qué necesitáis?

—Poca cosa: una fragua, un yunque, limas, tenazas y piezas para fabricar los resortes, y veinte brazos de tela encerada para reemplazar las membranas.

—Bueno, bueno; ya estoy más tranquilo, porque por mucha imaginación que tengáis no podréis procuraros todo eso sin salir de este encierro.

—Ya lo tengo.

El gobernador dió un salto en su asiento, pero en seguida reflexionó que aquello que Benvenuto afirmaba era materialmente imposible, aun cuando no pudiera tranquilizarse pensando en ello. Tal era su preocupación, que cada pájaro que veía se le figuraba que era Cellini fugitivo.

Aquel mismo día envió Georgio á buscar al más hábil mecánico de Roma y le ordenó que tomara medidas para construirle un par de alas exactamente iguales á las de los murciélagos. El mecánico, estupefacto, le miró sin contestarle, creyendo que se había vuelto loco; pero como Georgio insistiera y era hombre rico, y si se le antojaba cometer locuras podía pagarlas bien, el mecánico puso manos á la obra, y ocho días después le entregó un par de alas magníficas, que se adaptaban al cuerpo por medio de un corselete de hierro, y que se movían mediante ingeniosísimos resortes con una regularidad asombrosa. Págole Georgio la suma convenida; midió el espacio que ocupaba el mecanismo; subió á ver á Benvenuto; revolucionó toda la estancia del preso, mirando debajo de la cama, en el hueco de la chimenea y hasta en el interior del jergón, y volvió á salir sin decir palabra, pero convencido de que, á menos que el orfebre fuese brujo, no podía tener ocultas en su habitación unas alas semejantes á las suyas. Evidentemente, el pobre gobernador estaba más trastornado cada vez.

Al regresar á su casa se encontró con el mecánico, que iba á advertirle que al extremo de cada ala había un aro de hierro destinado á mantener en posición horizontal las piernas del aviador, y en cuanto se fué el mecánico encerróse Georgio, se puso el corselete, desplegó sus alas, y echándose de bruces, intentó volar inútilmente. Después de dos ó tres intentos igualmente ineficaces, pues no logró levantarse del suelo ni una pulgada, envió á llamar otra vez al mecánico.

—He ensayado las alas—le dijo—y no funcionan.

—¿Cómo las habéis ensayado?

Refirióle Georgio detalladamente sus intenciones, y el mecánico, después de haberle oído con mucha atención, le dijo:

—Eso es lógico; tumbado en el suelo no es posible que abarquéis suficiente cantidad de aire. Para volar es preciso que subáis á una gran altura, la torre del castillo de Sant'Angelo, por ejemplo, y que os dejéis caer en el espacio.

—¿Y creéis que así podría volar?

—Estoy seguro de ello.

—Pues si estáis seguro, ¿por qué no lo intentáis vos?

—Porque las alas han sido construídas para sostener el peso de vuestro cuerpo y no el del mío. Yo necesitaría unas alas pie y medio más largas que esas.

—¡Demonio!—dijo Georgio.

El mecánico saludó y se fué. Durante todo el día se pudo observar en Georgio evidentes señales de perturbación mental. Por la noche, al acostarse, llamó á todos los sirvientes de la prisión, á todos los carceleros, á todos los soldados, y les dijo:

—Si averiguáis que Benvenuto Cellini quiere escaparse volando, dejadle ir, pero avisadme en seguida, porque, aunque sea de noche, yo sabré atraparle sin dificultad, puesto que yo soy un murciélago verdadero, en tanto que él sólo es un murciélago falsificado.

Claramente vieron todos que el pobre gobernador estaba loco; pero confiando en que la noche le tranquilizaría, decidieron esperar al día siguiente para prevenir al Papa. Por otra parte, aquella noche hacía un tiempo horroroso, de lluvia y de oscuridad, y el

que más y el que menos sentía pocos deseos de salir del castillo.

Tal vez por espíritu de contradicción, aquella era precisamente la noche que había escogido Benvenuto para fugarse.

Apenas oyó que daban las diez y que relevaban al centinela, arrodillóse, rezó fervorosamente y puso manos á la obra. Primero arrancó las cabezas de los cuatro clavos que quedaban sujetando las planchas de hierro de la puerta, y separó éstas fácilmente. Daban las doce cuando terminó el orfebre esta operación preliminar.

Oyó Benvenuto los pasos de la ronda que iba á relevar al centinela, y permaneció inmóvil y silencioso hasta que sonaron los pasos otra vez, se alejó la ronda y todo volvió á quedar tranquilo. La lluvia redoblaba en intensidad, y el ruido que hacían las gotas de agua al azotar los cristales del encierro, llenaba de alegría á Cellini, que volvió á su faena. Separadas las planchas de hierro y colocadas contra la pared, se tumbó el preso de bruces, y con el instrumento de modelar, previamente afilado, y al cual había puesto un mango, comenzó á rascar la carbonizada madera de la puerta, que cedió fácilmente, permitiéndole hacer un agujero lo suficientemente grande para que diera paso á su cuerpo. Abrió luego el vientre de la Venus, sacó la cuerda que había hecho con tiras de sábanas y se la arrolló al cuerpo á guisa de faja; apercibió el instrumento de modelar, que podía servir de puñal, y volviendo á arrodillarse, rezó por segunda vez. Luego pasó la cabeza por el agujero de la puerta; detrás de la cabeza sacó los hombros, y por fin todo el cuerpo, se encontró en el pasadizo y se puso en pie.

Le temblaban las piernas de tal modo, que le fué necesario recostarse en la pared para no caer al suelo. El corazón le palpaba violentamente; la fiebre le abrasaba la cabeza, de cada uno de sus cabellos caía una gota de sudor y su mano oprimía la empuñadura del improvisado puñal, como si quisiera evitar que se lo arrancaran.

Sin embargo, no se oía ruido alguno; todo estaba tranquilo, aparentemente al menos, y esto influyó para que Benvenuto se repusiera y pudiese seguir andando á tientas, palpando la pared hasta llegar á la escalera que conducía á la terraza. Subió los escalones uno á uno, estremeciéndose cada vez que la madera crujía, y pronto sintió en el rostro la sensación del aire primero y la de la lluvia después. Salíó á la terraza, y como hacía media hora que se movía en la oscuridad, á la cual se habían acostumbrado ya sus ojos, pudo darse cuenta en el acto de todo lo que le interesaba. El centinela, para resguardarse de la lluvia, se había refugiado en su garita, y como el servicio de vigilancia en aquel sitio no estaba establecido para custodiar la terraza, sino para inspeccionar los fosos, el lado cerrado de la garita daba frente á la escalera, por lo cual acababa de bajar Benvenuto Cellini.

Arrastrándose á cuatro pies llegó éste al punto de la terraza más alejado de la garita; amarró un extremo de su cuerda de tela á un saliente del muro, bastante sólido, y por tercera vez se arrodilló para impetrar el auxilio divino.

—¡Señor! ¡Señor!—murmuró—. ¡Ayudadme, puesto que yo me ayudo!

Luego se dejó deslizar por la cuerda, sin poner cuidado en los arañazos que sufría en la frente y en las rodillas al rozar contra la muralla, y llegó al suelo.

Una sensación de alegría y de orgullo infinitos inundó todo su ser; contempló la inmensa altura que había salvado, y no pudo contenerse sin decir á media voz: «¡Estoy libre!»

Este momento de esperanza fué muy breve. Al volverse vió un muro recientemente construído, del cual no tenía noticia alguna. Tembláronle las piernas y se consideró perdido. Le pareció que todo se aniquilaba en él, y, desesperado, se dejó caer á tierra; pero cuando se desplomaba tropezó con una cosa dura: era una viga enorme, cuya vista le hizo prorrumpir en exclamaciones de alegría. ¡Estaba salvado!

Es indecible la cantidad de alternativas de alegría y desesperanza que puede haber en un solo minuto de la existencia humana.

Benvenuto cogió la viga como un naufrago coge el mástil que debe sostenerle á flote. En circunstancias ordinarias hubieran sido necesarios dos hombres para mover aquel madero; pero el deseo de verse libre centuplicaba las fuerzas de Cellini, que pudo arrastrar la viga hasta el muro y apoyarla en él; gateó por el madero, aferrándose con manos y rodillas hasta llegar á la parte superior del muro, y ya arriba comprendió que no tenía fuerzas para pasar la viga al otro lado. Sintió vértigos, la cabeza le daba vueltas y creyó que se encontraba en el centro de un lago de llamas. De pronto se acordó de su cuerda de trozos de sábana que le había servido para bajar de la terraza. Se dejó deslizar á lo largo de la viga y corrió hacia el sitio en que pendía para arrancarla; pero su esfuerzo fué insuficiente; estaba tan bien atada allí arriba, que no había medio de desprenderla.

Se colgó, desesperado, del extremo de la cuerda, tiró con toda su fuerza, esperando que se rompiera. Por fortuna, se aflojó uno de los nudos, y Benvenuto cayo de espaldas, arrastrando consigo un trozo de cuerda de unos doce pies de largo. Era todo lo que necesitaba; se levantó de un salto, sintiéndose con nuevas fuerzas; trepó nuevamente por la viga, púsose á caballo sobre el muro cuando estuvo en lo alto, ató la cuerda al extremo del madero y se dejó descolgar; pero llegó al extremo de la cuerda y vió que sus pies no tocaban al suelo; miró hacia abajo, y como sólo estaba á una altura de seis pies, se soltó y se encontró en terreno firme.

Para reponerse de la fatiga se tumbó un momento. Se sentía agotado; tenía las manos y las piernas ensangrentadas, sus pies hechos una lástima. Los contempló algunos instantes ensimismado, hasta que le sacaron de su abstracción las campanadas de un reloj que daba las cinco. Entonces advirtió que las estrellas empezaban á palidecer, y se levantó; pero al mismo tiempo, un centinela que él no había visto, y que sin duda le había dejado descolgarse para cogerle mejor, dió algunos pasos hacia él. Benvenuto comprendió que estaba perdido y que no tenía más remedio que matar ó dejar que le matara. Empuñó su puñalito y se dirigió hacia el soldado tan resueltamente, que éste comprendió al punto que tendría

que habérselas con un hombre, no sólo vigoroso, sino decidido á luchar con una desesperación formidable. Efectivamente, Benvenuto estaba dispuesto á no retroceder, pasara lo que pasara; pero de pronto el soldado, como si no le hubiera visto, le volvió la espalda. El fugitivo comprendió lo que esto quería decir. Corrió hacia la última muralla, que daba al foso y no tenía más de doce ó quince pies de altura. No era lógico que se asustara ante aquel salto un hombre como Benvenuto Cellini, sobre todo en la situación en que se encontraba. Así, pues, se suspendió por las manos á una argolla, y rezando mentalmente, se dejó caer. Esta vez quedó desmayado á consecuencia del golpe.

Pasó una hora antes de que Benvenuto volviera en sí, pero el fresco ambiente de la madrugada le reanimó. Aún permaneció un instante como aturdido; pero luego se pasó la mano por la frente y recobró la memoria. Sentía mucho dolor en la cabeza y advirtió numerosas gotas de sangre que, después de haber corrido como el sudor por su rostro, caían en las piedras sobre las cuales estaba tendido. Comprendió que se había herido en la frente, y se llevó á ella la mano, no para recoger sus ideas, sino para reconocer sus heridas. Estas eran leves; habían lacrado la piel, pero no llegaban al hueso.

Benvenuto se sonrió y quiso levantarse; pero volvió á caer inmediatamente; tenía la pierna derecha rota tres pulgadas más arriba del tobillo, y se le había dormido de tal modo, que en los primeros momentos no sintió el dolor.

Al comprobar la fractura se quitó la camisa y la hizo tiras; reunió lo mejor que pudo los fragmentos del hueso, se vendó la pierna con toda su fuerza, pasando de vez en vez la improvisada venda por debajo de la planta del pie para afianzar los huesos uno contra otro. Luego, arrojándose, se encaminó á una de las puertas de Roma, que estaba á quinientos pasos de aquel sitio.

Cuando después de media hora de atroces torturas llegó junto á la puerta, la encontró cerrada. Luego vió una piedra de gran tamaño que había en el quicio, la separó á un lado y pasó fácilmente por la abertura que había quedado al descubierto. Pero apenas hubo avanzado quince pasos, cuando una turba de canes famélicos, comprendiendo por el olor de la sangre que estaba herido, se lanzaron sobre él. Benvenuto se armó con su puñalito y mató á uno de los perros más grandes. Los demás se arrojaron sobre éste para devorarlo, y el fugitivo aprovechó el tiempo para seguir arrojándose hasta la iglesia de la Traspontina; allí encontró á un aguador que acababa de cargar en su burro sus cántaros llenos, y le llamó.

—Oye—le dijo—: he sido víctima de un accidente. Estaba en casa de mi amante, y aunque entré por la puerta tuve que salir por la ventana, saltando desde un primer piso; al caer me he roto una pierna. Llévame á la escalinata de San Pedro y te daré un escudo de oro.

El aguador, sin contestar, se cargó al herido á las espaldas y le llevó á donde quería; se guardó el escudo en que había sido estipulado el precio del servicio y siguió su camino sin volver la vista atrás.

Entonces Benvenuto, siempre arrojándose, entró en la casa de monseñor de Montluc, embajador de Francia, que vivía allí ceca, y que se condujo tan bien y con tanto interés por el orfebre, que al cabo de un mes estaba éste curado, y al cabo de dos meses le había alcanzado el indulto, y al cabo de cuatro meses salía para Francia acompañado de Ascanio y de Pagolo.

En cuanto al pobre gobernador del castillo de Sant Angelo, murió loco, imaginando que era un murciélago y realizando incesantes esfuerzos para echar á volar.

IV

SCOZZONE

Cuando llegó á Francia Benvenuto Cellini, Francisco I estaba en el palacio de Fontainebleau con toda su corte; el artista encontró, pues, á aquel á quien buscaba y se detuvo en la ciudad, avisando de su llegada al cardenal Ferrara. Este, que sabía que el rey esperaba impacientemente á Benvenuto, transmitió en seguida la noticia á Su Majestad.

El mismo día fué recibido Cellini por el Rey, que le habló en aquel idioma dulce y vigoroso que el artista escribía tan bien, y le dijo:

—Pasad lo mejor que podáis algunos días para reponeros de vuestras fatigas y vuestros dolores; descansad, divertíos, y entretanto, pensaremos qué obra de arte os hemos de encargar.

El artista quedó alojado en el palacio, y Francisco I ordenó que se atendiesen sus menores deseos. De este modo se encontró Benvenuto, instantáneamente, en el centro de la civilización francesa, bastante atrasada en aquella época con relación á la italiana, con la cual competía y que debía dejar atrás muy pronto.

Mirando á su alrededor podía creer que no había salido de la capital de Toscana, pues se encontraba en medio de los mismos artistas á quienes había conocido en Florencia.

Se trataba, pues, para Benvenuto de ser un continuador de aquellos ilustres predecesores suyos y de colocar ante las miradas de la corte más galante de Europa el arte estatuario á la mayor altura que jamás hubiera alcanzado el arte pictórico en tiempos de Leonardo de Vinci y de Rosso.

Benvenuto quería anticiparse á los deseos del rey, ejecutando la obra de arte prometida sin esperar á que le fuera encargada y sin valerse de más recursos que los que él poseía. Advirtió la predilección del rey por el sitio en que le había encontrado, y quiso lisonjear esta preferencia modelando una estatua que pensaba denominar la Ninfa de Fontainebleau.

Era una idea hermosa la de modelar la estatua en que Cellini había pensado, coronándola de hojas de roble, de pámpanos y de espigas para representar á Fontainebleau, pues este real sitio, inmediato á la llanura, está resguardado por una selva y poblado de viñedo. La ninfa que ideaba Benvenuto debía parecerse por esta razón á Ceres, á Diana y á Erigona al mismo tiempo, mezclando los tres tipos de

al manera que, aunque formaran uno solo, poseyeran los distintivos de los tres; además colocaría en el pedestal los atributos de cada una de las diosas, que no dejaría de modelar con la excepcional maestría de que el artista florentino daba muestras en todas sus obras.

Benvenuto luchaba con un inconveniente: á pesar de poseer el sentimiento ideal de la belleza, necesitaba para ejecutar sus obras un modelo humano; ¿Dónde podría encontrar el modelo que reuniera la belleza de las tres diosas? Si hubieran sido aquellos los antiguos tiempos de Fidias y Apeles, en que las bellezas más admiradas se ofrecían espontáneamente á los artistas para modelos, Benvenuto, sin salir de la corte, hubiera encontrado lo que necesitaba, pues allí había un espléndido conjunto de mujeres hermosas: Catalina de Médicis, que tenía entonces veintinueve años; Margarita de Valois, reina de Navarra, á quien llamaban la cuarta gracia y la décima musa, y por último la duquesa de Etampes, de quien hablaremos frecuentemente en el curso de esta historia, y á quien los cortesanos denominaban la más bella entre las sabias y la más sabia entre las bellas. Había en aquella corte en punto á modelos de belleza más de lo que el artista pudiera necesitar; pero, como ya hemos dicho, no era aquella la época de los Apeles y de los Fidias. Benvenuto tenía, pues, que buscar su modelo en otra parte.

La noticia de que la corte regresaba á París produjo al artista gran satisfacción, aunque, como él mismo refiere en sus Memorias, la corte viajaba entonces con tanta lentitud como un entierro. Solían precederla doce ó quince mil jinetes, y la comitiva se detenía á veces en sitios donde había muy pocas viviendas, y perdía cada día cuatro horas en armar las tiendas de campaña para cobijarse, y otras cuatro á la mañana siguiente para recogerlas; de modo que, aunque no había más que diez y seis leguas desde Fontainebleau á París, tardaba la corte cinco días en el viaje.

Cellini sintió durante el camino muchas veces deseos de adelantarse á la comitiva, pero siempre le contenía el cardenal Ferrara diciéndole que si el rey preguntaba por él y se enteraba de que se había ido, estimaría como una falta de respeto hacia su persona tal ausencia. Benvenuto, pues, tenía que resignarse y empleaba los largos descansos de la comitiva en bosquejar á lápiz la estatua de la ninfa de Fontainebleau.

Por fin llegó á París. Su primera visita fué para el Primaticcio, sucesor de Leonardo de Vinci, y del maestro Rosso en Fontainebleau. Primaticcio, que vivía en París hacía ya mucho tiempo, le informaría acerca de lo que necesitaba saber y le diría dónde le sería posible encontrar modelos.

Francisco Primaticcio, á quien sus contemporáneos apodaban Bolonia por el nombre de su pueblo natal, era discípulo de Julio Romano, bajo cuya dirección había estudiado seis años, y desde hacía ocho estaba en Francia, adonde le había llamado Francisco I por consejo del marqués de Mantua. Primaticcio era artista de fecundidad prodigiosa y sus obras tenían un estilo de grandiosidad y una pureza de líneas extraordinarios. Ha pasado mucho

tiempo antes de que Primaticcio, ingenio enciclopédico é inteligencia asombrosa que abarcó todos los géneros de la pintura, haya sido apreciado en todo su valer, pues solo al cabo de tres siglos se ha enmendado la injusticia que con él se cometió. Hinchado de inspiración religiosa, pintó los cuadros de la capilla de Beauregard; personificó las principales virtudes cristianas en el palacio de Montmorency, y por último llenó con sus obras la inmensa estación de Fontainebleau, adornando la puerta dorada y la sala de bailes con los asuntos más delicados de la mitología y de la alegoría; la cámara de San Luis y la galería de Ulises con escenas de la Odisea y de la Iliada; reprodujo las escenas más salientes de la vida de Alejandro y de Rómulo, y la rendición del Havre en los cuadros que decoraban la galería grande y la antecámara correspondiente al salón de baile, y pintó además noventa y ocho cuadros grandes y ciento treinta más pequeños interpretando todo género de asuntos, paisajes, retratos, alegorías y epopeyas. Era, como se ve, un hombre capaz de comprender á Benvenuto, y éste, que estaba convencido de ello, en cuanto llegó á París fué á verle con los brazos abiertos, y con los brazos abiertos fué recibido.

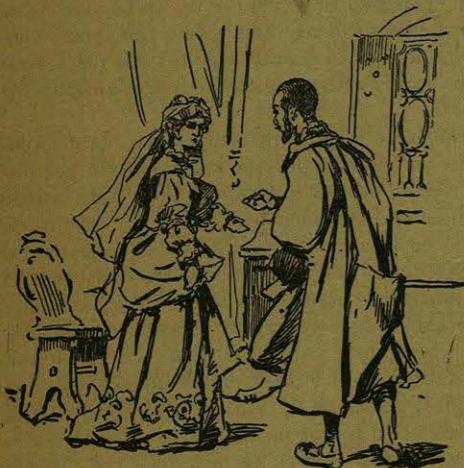
Después de la primera conversación natural entre dos antiguos amigos que se encuentran por primera vez en un país extranjero, Benvenuto enseñó á Primaticcio todos los bocetos de su estatua, lo explicó su idea y le preguntó si habría entre los modelos que él utilizaba el que le era indispensable para modelar la proyectada ninfa. Primaticcio movió la cabeza negativamente, sonriéndose con tristeza. No estaban ya en Italia, la hija de Grecia, rival de su madre. Francia era en aquella época la tierra de la gracia, de la gentileza y de la coquetería, pero era inútil buscar en la patria de los Valois la belleza soberana que en las márgenes del Tiber y del Arno inspiraba á Miguel Angel, á Rafael, á Juan de Bolonia y á Andrés del Sarto. Sin duda que sí, como hemos dicho, el pintor hubiera podido ir á escoger modelo en la corte, los hubiera hallado fácilmente como los deseaba; pero á semejanza de las sombras detenidas á orilla de la laguna Estigia, tenía que resignarse á ver pasar por los Campos Eliseos, cuya entrada le estaba vedada, aquellas bellas formas, objeto constante de su aspiración artística.

Sucedió lo que Primaticcio había previsto: que Benvenuto examinó todos sus modelos, sin encontrar ninguno que reuniese las cualidades necesarias para la obra que ideaba.

A consecuencia de esto estaba Benvenuto desesperado, cuando una noche, al regresar de una cena con cuatro compatriotas suyos, que eran el señor Pedro Strozzi, el conde de la Anguillara, su cuñado, y Galeotto Pico, sobrino del famoso Juan Pico de la Mirandola, vió en la calle de Petits-Champs una bellísima y graciosa joven que caminaba ante él. Al verla se estremeció de alegría; aquella muchacha era la modelo que él necesitaba. Ella siguió su camino por el callejón de las Ortigas, dió la vuelta á la iglesia de San Honorato y entró en el convento del Pelicano. Una vez en ella se volvió para ver si aún

La seguían, y al ver á Benvenuto á algunos pasos de distancia, abrió una puerta rápidamente y desapareció. Benvenuto llegó á la puerta, la empujó á su vez, y pudo entrar á tiempo de ver en el ángulo de la escalera y á la luz de un farol moribundo un pliegue del vestido de la desconocida. Subió hasta el piso principal, encontró una puerta entreabierta, y entró en un cuarto en el cual se encontraba la joven que él había seguido. Sin explicarla el motivo de su visita, sin decirle siquiera una palabra, Benvenuto la contempló, y queriendo cerciorarse de si las formas de su cuerpo correspondían en belleza á las líneas de su rostro, dió dos ó tres vuelas en derredor de la sorprendida joven, que le obedecía maquinalmente, y la hizo levantar los brazos á la altura de la cabeza y colocarse en la actitud que él había pensado dar á la estatua de la ninfa de Fontainebleau.

El modelo que Cellini tenía ante sus ojos no poseía sino muy pocas de las líneas de Ceres, menos



Pues bien, Catalina, tomad este escudo.

aún de las de Diana, pero casi exactamente el tipo de Erigona. El maestro, convencido de la imposibilidad de reunir en una sola personificación los tres tipos, optó por el de la bacante, en vista de que había encontrado el modelo que necesitaba: ojos, ardientes, labios de coral, dientes de perlas, cuello torneado, talle esbelto, pies y manos menudos y finos, y absoluta belleza en el conjunto.

—¿Cómo os llamáis, señorita?—preguntó á la joven, que estaba cada vez más admirada.

—Catalina, para serviros—contestó ella.

—Pues bien, Catalina—continuó Benvenuto—, tomad este escudo en pago del trabajo que habéis tenido, y si venís mañana á mi casa, que es el palacio del cardenal Ferrara, en la calle de San Martín, os daré otro tanto por el mismo trabajo.

La joven vaciló un momento, creyendo que el extranjero se burlaba, pero convencida al ver en su mano el escudo de oro, contestó después de reflexionar un instante:

—¿A qué hora?

—A las diez de la mañana, si no tenéis inconveniente.

—Ninguno.

—¿Cuento con vos?

—No faltaré.

Benvenuto la saludó tan ceremoniosamente como hubiera saludado á una duquesa, y regresó á su casa con el corazón rebosando alegría. Apenas entró en el taller, quemó todos los bocetos que había dibujado de memoria y trazó uno recordando las formas de Catalina. Luego cogió un pedazo de barro, lo colocó sobre un pedestal y empezó á modelar la forma de la ninfa que había ideado, de modo que cuando al día siguiente se presentó Catalina en el taller ya estaba hecho parte del trabajo.

Como ya hemos dicho, Catalina no sospechaba los propósitos de Benvenuto. Así, pues, cuando éste le enseñó el boceto de la estatua y le explicó el objeto con que la había hecho ir al taller, se quedó asombrada. Había supuesto otra cosa muy distinta.

Como la muchacha tenía un carácter muy alegre, se echó á reír al comprender su equivocación; luego, enorgullecida por saber que iba á servir de modelo para la estatua de una diosa, se despojó de sus vestidos con la mayor naturalidad y se colocó en la posición indicada para la estatua. El maestro, al volverse, la vió colocada con tanta precisión y en una actitud tan artística, que, sin poderse contener, dió un grito de entusiasmo. Cellini empezó á trabajar sin perder momento; tenía una de esas almas de artista que se inspiran con la obra y se entusiasman trabajando; quitóse el jubón y con los brazos desnudos empezó su labor, acercándose tan pronto al modelo como al pedestal en que trabajaba. Parecía Júpiter creador. Catalina, acostumbrada á los temperamentos débiles ó pasivos de las gentes de humilde condición ó de los señoritos de la corte, de quienes hasta entonces había sido juguete, contemplaba al escultor con admiración y con respeto; creía elevarse á la altura del artista, y la inspiración de éste parecía haberse comunicado á la modelo.

La sesión duró dos horas. Al terminar, Benvenuto entregó á Catalina el escudo de oro que la había prometido, la citó para el día siguiente á la misma hora y se despidió de ella con la mayor cortesía.

Catalina entró en su casa, de donde no volvió á salir hasta el día siguiente para ir al taller, donde llegó diez minutos antes de la hora convenida.

En el taller se repitió la escena de la víspera: Benvenuto estuvo inspirado, sublime; bajo su mano, como bajo la de Prometeo, el barro tomaba forma humana, palpitaba. La cabeza de la bacante estaba ya modelada y parecía una cabeza viviente surgiendo de una masa informe. Catalina se sonreía al ver aquella hermana ideal formada á su imagen y semejanza; nunca había sentido tanta satisfacción, y, cosa extraña, no podía darse cuenta del sentimiento que le inspiraba aquella satisfacción y aquella alegría.

También al día siguiente y á la misma hora volvieron á reunirse el escultor y la modelo; pero por una sensación que hasta entonces no había experimentado ella, al desnudarse notó que la sangre se le subía al rostro y que se ponía encarnada. La pobre

joven empezaba á amar, y el amor honesto la inspiraba pudor.

Al otro día se acentuaron sus rubores; Benvenuto se vió obligado á advertirla que estaba sirviendo de modelo para una bacante ebria de voluptuosidad y de vino, y no para la Venus de Médicis. Dijo además que en un par de días estaría acabado el trabajo, y que sólo había que tener un poco de paciencia. Al terminar la sesión del segundo día, cuando Benvenuto dió el último toque á su estatua, entregó á Catalina cuatro escudos de oro y le manifestó su agradecimiento por lo bien que le había servido; pero Catalina dejó caer las monedas al suelo y se quedó pensativa y triste. Todo había acabado para ella; desde aquel momento iba á verse obligada á volver á su antigua condición, que desde que entró en el taller del escultor, se le había hecho odiosa é insostenible.

Benvenuto, sin sospechar lo que pasaba en el corazón de Catalina, recogió del suelo los cuatro escudos y se los entregó de nuevo, estrechándole la mano al devolvérselos; al mismo tiempo la dijo que si alguna vez podía serle útil lo haría con mucho gusto, y la recomendó que no vacilase en acudir á él si le necesitaba. Luego se despidió y pasó al taller de los oficiales en busca de Ascanio, á quien quería enseñar la estatua ya terminada.

Catalina, cuando se quedó sola, besó uno por uno todos los útiles que el maestro había usado, y salió llorando.

Al día siguiente entró en el taller en ocasión en que Benvenuto estaba solo, y cuando éste, sorprendido al volverla á ver, iba á preguntarle la razón de su presencia, cayó ella de rodillas á sus plantas y le preguntó humildemente si necesitaba una criada.

Benvenuto, que tenía corazón de artista, es decir, capaz de todos los sentimientos nobles, adivinó lo que había pasado en el de la pobre niña; la hizo levantar y la besó en la frente. Desde aquel momento Catalina formó parte del taller, animándolo, como hemos dicho, con su infantil alegría y su constante movimiento.

Había llegado á ser indispensable para todos, y para Benvenuto más que para nadie; ella era quien lo hacía todo, quien lo disponía todo; reñía ó acariciaba á Ruperta, que, habiéndola visto entrar con temor, acabó por quererla como los demás.

La estatua de Erigona había salido ganando con esta situación, porque como Benvenuto tenía constantemente junto á sí á la modelo, había podido retocar y detallar su obra con un esmero que no había puesto hasta entonces en ninguna otra. Cuando la hubo terminado se la llevó al rey Francisco I, que quedó maravillado y encargó á Benvenuto que la fundiera en plata; luego el monarca habló largamente con el artista, le preguntó si se encontraba bien en su taller, dónde estaba situado éste y si había en él muchas curiosidades, y al despedirse se propuso ir á visitar á Cellini uno de aquellos días, sin avisarle previamente.

Por este conjunto de circunstancias llegó el momento en que comienza esta historia; momento en el cual encontramos á Benvenuto trabajando, á

Catalina cantando, á Ascanio soñando y á Pagoto rezando.

El día siguiente de aquel en que Ascanio había vuelto al taller tan tarde, á causa de su excursión por las inmediaciones del palacio de Nesle, se oyó llamar ruidosamente á la puerta de la calle. Ruperto se levantó en seguida para ir á abrir, pero Scozzone (que tal es, como nuestros lectores saben, nombre que Benvenuto había dado á Catalina) se adelantó y de dos saltos estuvo fuera de la habitación.

Un instante después llegó á oídos de todos su voz, que entre asustada y alegre gritaba:

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Maestro! ¡maestro! ¡Es el rey, el rey en persona que viene á visitar el taller!..

Y la pobre Scozzone, dejando abiertas todas las puertas, reapareció pálida y convulsa en la estancia en que Benvenuto trabajaba rodeado de sus discípulos y sus aprendices.

V

GENIO Y REALEZA

Efectivamente, detrás de Scozzone entraba en el patio el rey Francisco I con todo su séquito, y dando la mano á la duquesa de Etampes.

Les seguía el rey de Navarra con la delfina, Catalina de Médicis y el delfín, que luego fué Enrique II, con su tía Margarita de Valois, reina de Navarra. Les escoltaba casi toda la nobleza.

Benvenuto les salió al encuentro y recibió sin cortedad y sin temor á los reyes, los príncipes, los grandes señores y las nobles damas, del mismo modo que hubiera recibido á personas de su amistad. Entre los visitantes figuraban los nombres más ilustres de Francia y las bellezas más espléndidas del mundo; Margarita estaba encantadora, madama de Etampes producía admiración, Catalina de Médicis asombraba y Diana de Poitiers deslumbraba. Pero para Benvenuto eran familiares los tipos más puros de belleza de la antigüedad y del siglo XVI en Italia, del mismo modo que estaba acostumbrado al trato con los reyes.

—Va á ser preciso, señora, que nos permitáis admirar lo que veamos aun que estéis presente y no seáis vos sola lo que admiremos—dijo Francisco I á la duquesa de Etampes, que correspondió á esta galantería con una sonrisa.

Ana de Pisseleu, duquesa de Etampes, que desde el regreso del rey de su cautiverio en España había substituído en su favor á la duquesa de Chateaubriand, estaba entonces en todo el esplendor de su hermosura, verdaderamente regia. Esbelta y elegante, se movía con una gracia felina, algo de gata y de pantera, cuyos instintos mortíferos también tenía. La regia cortesana sabía fingir actitudes de candor que hubieran engañado al más incrédulo. Nada existía más movable ni más pérfido que aquella fisonomía de labios pálidos, tan pronto Hermiona como Galatea; tan pronto provocativa como terrible, de mirada acariciadora unas veces y llameante de odio otras. Solía levantar los párpados